



Dirección de Prensa

**Intervención de S.E. la Presidenta de la República,
Michelle Bachelet Jeria,
en ceremonia de entrega del Premio a la Trayectoria en Fotografía
“Antonio Quintana” a Marcelo Montecino Slaughter**

Santiago, 18 de Agosto de 2017

Amigas y amigos:

Hace casi exactamente un año, porque la verdad que fue en septiembre, pude participar, en Washington DC, de los homenajes por los 40 años del asesinato del ex canciller y ex ministro de Defensa, Orlando Letelier y su secretaria Roni Moffit.

Allí, inaugurando una muestra que reunía documentos y objetos personales de Orlando, organizada por el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, recordé una fotografía que me impactó mucho, tomada en Bethesda el 18 de septiembre de 1976: Orlando Letelier, pañuelo en mano, se dispone a bailar una cueca con Isabel Morel. Hay sonrisas, hay unas fuentes de greda, una garrafa de vino tinto –no podía faltar-, hay hojas muy verdes en los árboles y se ve a Michael Moffit al fondo. Tres días después, Orlando Letelier estaba muerto.

Y esa foto de esta cueca, la hizo Marcelo Montecino Slaughter.

Y yo, en esta ceremonia en que Marcelo Montecino recibe el premio a la trayectoria que lleva el nombre de Antonio Quintana, quisiera decir, en primer lugar: gracias, Marcelo.

Gracias por entregarnos, a lo largo de más de 50 años, imágenes tan conmovedoras, fotografías que son claves en la construcción de



Dirección de Prensa

nuestra identidad fracturada y dispersa, como esa de Letelier exiliado y sonriente, horas antes de haber asesinado, o la de la pareja que se abraza inconsolable frente a este Palacio de La Moneda incendiado y destruido.

Se ha dicho, a propósito de la trayectoria del hombre al que hoy homenajeamos, que su obra documenta la tragedia de la dictadura en Chile y las luchas sociales y las guerras de liberación en Centro y Sudamérica.

Es cierto, por supuesto, a él le debemos algunas de las mejores fotografías de la lucha de Nicaragua para librarse de una larga tiranía, así como imágenes muy significativas de los días que siguieron al golpe de Estado de 1973, así como también de la solidaridad con Chile que se manifestó en numerosos actos masivos en Estados Unidos, donde Marcelo residía.

Pero no olvidemos, nunca olvidemos, su mirada capaz de descubrir, en los momentos más tremendos, los gestos de la ternura: en ese abrazo que ya cité frente a La Moneda bombardeada; en la mujer -¿la madre quizás?- que recibe al guerrillero sandinista después de una larga ausencia; en las miradas de los niños, que parecen no cambiar nunca, aunque pasen y pasen los años; en los campesinos de esta América nuestra; en la sonrisa de los trabajadores.

No olvidemos tampoco sus retratos, perfectos, conmovedores, eternos: Enrique Lihn, Nemesio Antúnez, Clotario Blest, Pachi Torreblanca, Claudio Giacconi, José Donoso, Ernesto Cardenal, Tencha Bussi.

No olvidemos sus libros, desde “Sangre en el ojo” a “Irredimible”, pasando por “Romería y querencias” o “Las calles de las penas”.

Y no olvidemos sus desnudos, expuestos por primera vez en Chile hace sólo unos meses, gracias al empeño del Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico.





Dirección de Prensa

Así que, claramente, la obra de Marcelo Montecino es maciza, es plural, es inspiradora. Nos habla de un pasado doloroso, pero descubre en ese pasado las marcas de aquello que nos hace ser quienes somos, esa mirada chilena un poco de soslayo, o “la tristeza del chileno” que tanto intrigó al escritor Franklin Quevedo.

A veces es difícil saber si las fotos de Marcelo Montecino en el mercado de Franklin, en Temuco, en alguna plaza de Santiago, fueron tomadas antes de ayer o a fines de los años 60. Hay detalles reveladores, claro, pero sus imágenes tienen algo atemporal, y entonces uno siente que quizás ahí está Chile, que quizás podríamos aprehender, en sus imágenes, aquello que Antonio Quintana llamó “el rostro de Chile”.

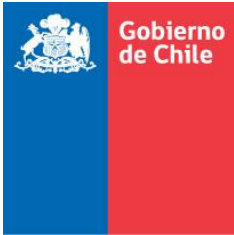
Se dice que Quintana se volcó a la fotografía cuando la dictadura del General Ibáñez lo expulsó del magisterio y lo dejó sin medios de vida. Fue, de algún modo, un servicio impensado de Ibáñez al arte y la memoria de la patria.

Muchos años más tarde, otra dictadura golpearía a Marcelo Montecino y definiría su vocación, con el asesinato brutal de su hermano Christian. Aunque no hay lecciones que sacar de tanta crueldad, sí podemos decir que, como pasó con Antonio Quintana, la belleza y la esperanza terminaron ganando la batalla.

Y podemos aventurar que la sombra de Christian Montecino se insinúa siempre en la obra de su hermano Marcelo, como sucede, también, con la entrañable sombra de Rodrigo Rojas De Negri, a quien Marcelo conoció muy de cerca y retrató en Washington.

Porque la fotografía se constituye, a fin de cuentas, de esa multitud de sombras que nos rodean y nos habitan. Sombras de la memoria, sombras de la vida cotidiana, sombras de la historia que nos da forma, que nos sitúa en medio del torrente de los acontecimientos y nos obliga a tomar partido.





Dirección de Prensa

Marcelo, como sus compañeros de la Asociación de Fotógrafos Independientes, supo tomar partido cuando era necesario. Y supo hacerlo sin renunciar a la belleza, a la cruda belleza de nuestro Chile y su gente.

Sus imágenes nos hablan de una época difícil, cruel, a veces terrible, pero que nunca borra del todo la humanidad de sus involuntarios protagonistas.

Amigas y amigos:

Sólo me resta decir que es un gran orgullo para mí tener la oportunidad de entregar este Premio a la Trayectoria Antonio Quintana aquí, en el Palacio de La Moneda. Y que es un honor que el galardonado sea, en esta oportunidad, un hombre que ha contribuido tanto a explorar, a reconocer, a documentar esta patria que tanto queremos.

Muchas gracias.

* * * * *

Santiago, 18 de Agosto de 2017.
MIs/lfs.

